

VIVIR DENTRO DE UNA PREPOSICIÓN

DARIE NOVACEANU

Poco y mal conocida allende sus reales, para asistir a las grandes fiestas europeas la poesía rumana exige un ceremonial que ya no se lleva en las otras Cortes. No es que sea tan diferente: se sabe todos los modales, luce los mismos trajes y tiene el mismo andar, pero camina con menos prisa y un poco aislada, tiende a la media voz, a la media sombra y, al ser mirada tanto con tanta desconfianza, desconfía de los halagos ajenos, tomándolos cual puras carantoñas pasajeras. Es huidiza y recelosa, frunce el ceño y, por calzar menos abriles, una rapaza frente a las viejas matronas mediterráneas, no suele viajar mucho más allá de sus desconocidos y doloridos parajes. Se entretiene, eso sí, con los de corazón en la mano, les tienta y les quita las noches. Luego se pone grave, a veces triste y casi nunca muy alegre.

Entre una y otra, mis años se han ido y seguirán yéndose con ella, bien o mal quemados, pero nunca me he preguntado el por qué de su cortedad frente a las murallas. Tampoco he logrado entender por qué, desde la otra parte de esas murallas, ni siquiera las convecinas se han asomado con más ahínco para saber qué es lo que le pasa. Para esas convecinas, el idioma que usa les resulta extraño y extravagante, casi un remedo dentro del cual se mecen árboles de raíces siempre latinas pero que a veces tienen ramas eslavas, a los que les caen lluvias griegas con relámpagos que son como de cimitarra turca y con truenos que hablan como las estrellas de mundos y pueblos que ya no existen.

Mientras tanto, dentro de las murallas, en sus desconocidos y doloridos parajes, los sonidos crecen como la hierba, la hierba ondea como el mismo mar bajo tramontana y el mar le golpea rítmica y pausadamente las orillas donde no existen ni llegadas ni despedidas, sino tan sólo cenizas de alas.

Nunca he sentido la tentación de revolver esas cenizas. Casi nadie las ha atizado para que su lumbre se vea



desde lejos. Casi nadie ha intentado traspasar las murallas. Mihai Eminescu (1850-1889), nuestro poeta nacional, dominaba el alemán como su segunda lengua y jamás tradujo un verso suyo a esta lengua, de la cual sí tradujo al rumano la filosofía de Kant. Anteriormente, los Vacaescu, Conachi, Asachi o Alecsandri se movían a sus anchas entre Atenas, Estambul, Florencia y París, pero nunca arriesgaron equivalencias líricas en los idiomas de estas ciudades. Tampoco más tarde, en nuestro siglo, se han intentado semejantes hazañas: Tudor Arghezi ha

vivido muchos años entre franceses y suizos, pero jamás ha aprovechado tal circunstancia a favor de su propia obra, como tampoco lo ha hecho Lucian Blaga, quien soñaba todo lo que es pensamiento en la lengua de Goethe, no despreciaba el húngaro, sonreía en francés e italiano y no le eran ajenas las voces de Estoril, tierras en las que ha quemado algunos años de su atormentada vida de hombre.

Recuerdo esto sin recordar a un genio como Caragiali, capaz de aprender un idioma en dos días y que se ha pasado sus últimos años en Berlín vertido del... turco; sin mencionar tampoco a nuestros grandes narradores, como Liviu Rebreanu, dueño del alemán, del ruso y del francés y que no se ha ocupado jamás de difundir sus novelas en ningún idioma extranjero. Recuerdo todo esto olvidándome adrede de los muchos periódicos y revistas que se editaban (y se escribían) directamente en francés o alemán en la ciudad de Bucarest entre las dos guerras, cuando a esa ciudad se la llamaba, con todo derecho, el segundo París.

Eso quiere decir que las mencionadas murallas las hemos erguido nosotros mismos. Generación tras generación, las hemos puesto cada vez más altas y de más espesor, como mejores chinos de los Cárpatos, sin preguntarnos jamás para qué y por qué. Tanto es así,

que hoy en día, aunque nadie las vea, son tan importantes sus dimensiones que nadie nos puede mirar, ni oír, ni entender, y nosotros mismos nos admiramos de la buena obra que hemos hecho.

Que hemos tenido, como en cualquier jardín de Dios, personas que no han prestado atención alguna a esas murallas, e incluso han tratado de derribarlas, es cosa de poca importancia: Helléne Vacaresco, Martha Bibesco, Tristan Tzara, Ilarie Voronca o Eugen Ionesco son rumanos, pero solamente como ciudadanos, no como escritores. Y lo que han intentado un Alexandru Macedonski —modernizar la poesía rumana— o un Eugen Lovinescu —“sincronizar” nuestras letras con las occidentales— no cuenta para nada, puesto que no lo han logrado y las murallas siguen funcionando maravillosamente bien.

Habrà, desde luego, una explicación. Habrà más explicaciones. Pero en este instante, cuando asumo una vez más el riesgo de llevar parte de esta poesía fuera de casa —he prometido que en lo que atañe a mi persona *ésta es la última vez y así será*—, barrunto que la mejor explicación es cosa de alma, de mucha alma, y eso quiere decir que está dentro de nosotros, dentro de nuestro espíritu. Y es por esto que tal vez todo lo dicho hasta este renglón hubiera sido mejor expresado de la siguiente manera.

II

Se ha dicho y se sigue recordando que durante unos largos siglos nosotros los rumanos hemos vivido más en el espacio que en el tiempo, tratando de hacer soportable lo insoportable y de habitarlo como si no hubiera existido otra cosa.

Inútil, desde la altura actual del ser humano, el cansancio de profundizar los términos de este juicio y han sido vanos los intentos de pormenorizarlos. Basta con observar que las orillas son las mismas, pero no así el tiempo. El de aquel entonces se ha ido con todos sus largos siglos, que le han golpeado rítmica y pausadamente las orillas con sus muchas olas migratorias.

Son esas olas, dice la memoria, las que nos han empujado al borde del tiempo, obligándonos a vivir agarrados tan sólo a las rocas de los Cárpatos y sobre las tierras cercanas a éstas.

Desde luego, en esta memoria hay muchos olvidos. Sobre todo los que sancionan el paso del vendaval bárbaro que sí ha fertilizado muchas otras geografías. Oleaje que a veces ha tenido la valentía de pararse frente a los pórticos de mármol, entregándose, con armas y caballos, a seres menos fuertes pero de más cultura.

Nuestra geografía es (ha sido) modesta en cuanto a los pórticos, y la arqueología no se ilusiona con la

posibilidad de aumentarlos, ni de sacar a luz ciudades inexistentes. Según parece, en los Cárpatos no ha habido una Ravena, ni un guerrero lombardo como Droctulft que hubiera podido abandonar su tribu para defenderla, tal como cuenta Borges al leer un libro de Croce, quien a su vez había leído otro de Pablo el Diácono.

Bien mirados, aquellos largos siglos cubren más de un milenio, tiempo suficiente para borrar las huellas de otros tiempos. Empero, en los Cárpatos no ha ocurrido un milagro ravenense, pero sí se ha dado uno mucho más sutil: la latinidad que ostentamos y que hasta los países latinos desconocen e ignoran con mucho agrado.

No es mi intención (éste no es un trabajo histórico) explicar lo que nadie ha logrado explicar. Modestamente, podría decir tan sólo por qué no se ha conseguido esta explicación: primero, porque los milagros prescinden de semejantes tratamientos, y, por último, porque, aun siendo una sola, parece que la latinidad se ha expresado de maneras diferentes, según los tiempos y, sobre todo, según los lugares alcanzados por sus semillas.

En las orillas rumanas, el tiempo no ha podido funcionar como en otras tierras. Y es, tal vez, la latinidad traída por Trajano la que nos ha enseñado cómo vivir dentro de este indeseado privilegio. Vivir es mucho decir, puesto que esta voz es de las más exigentes, categoría gramatical bajo cuyo signo empieza toda civilización, y esto implica duración, o sea, otra vez tiempo...

No ha sido blasón, por ende, la presencia del verbo nuestro. Tal como apunta Constantin Noica (*Seis dolencias del espíritu contemporáneo*), viviendo al lado del tiempo europeo nosotros no hemos disfrutado del sustantivo del Medioevo, con sus célebres “disputas”, como la del alma y el cuerpo, bellos debates que permitían dialogar no sólo a las personas de carne y hueso sino también a todas las nociones generales sustantivadas, hasta el Agua y el Vino, tan animados en sus denuestos. Nos ha faltado también el adjetivo del Renacimiento, que habría de suprimir la unicidad del nombre para abrir las puertas a la pluralidad de colores y de formas. Pluralidad y acumulación hasta el bastardeo que desembocará en la aglomeración del Barroco.

Todavía, al lado del correr de los años que se han hecho siglos, no se nos ha brindado ni el adverbio del Clasicismo (el francés, por supuesto), que, según se sabe y no se reconoce, no ha tenido nada de originalidad, sino tan sólo estilo y modales.

Si son éstas las vicisitudes de lo universal en la cultura europea, si reconocemos con Noica en las categorías gramaticales las más sugestivas formulaciones

para ilustrar los escalones sucesivos de la universalización, entonces no estamos muy lejos de entender cómo es que nosotros hemos erguido, generación tras generación, las mencionadas murallas, tan invisibles como inexpugnables.

Es que, según parece, de todas las categorías gramaticales, a nosotros el calendario nos ha ofrecido solamente la preposición: *con*, *contra*, *desde*, *entre*, *hasta* y otras más, hasta *sobre*, de ahí el *sobre-vivir*.

Para nosotros, todo lo que nos ha pasado —por otro lado, todo lo que ocurre en lo universal— debe tener su asentamiento y su equilibrio, debe estar *en* algo, *con* algo, *hacia* algo, *sobre* algo, *entre* algo. O sea, debe tener un espacio preciso, cuya localización está a cargo de la preposición. Herramienta frágil y de breves sonidos, caída bajo el vituperio del pensar abstracto que le ha quitado poco a poco el sentido y el valor lexical para convertirla a veces en pobre partícula gramatical.

Otrora, las relaciones entre objeto y objeto, entre objeto y fenómenos o calidades, eran más sencillas, tal vez más sinceras y, desde luego, mucho más claras. Tiempos cuando la preposición gozaba de más prestigio y más personalidad. Como las de los latinos, dueños de muchísimas preposiciones, todas ellas con deberes bien precisados. Y no es de extrañar el hecho de que las lenguas románicas renunciaran en parte a esta herencia para “especializar” lo heredado, siempre en función de sus respectivas geografías.

Herederos tardíos (y últimos), parece que nosotros los rumanos hemos sido más cuidadosos con el legado latino y también más modestos: en vez de multiplicar las palabras cogiéndolas de todas partes, hemos multiplicado el sentido de una sola, otorgándole valencias inéditas. Así están las cosas con la preposición intru (no de *inter* ni de *intra*, sino de *intro*). Palabras como *intro*, *intr-un*, *intru cît*, *intrucîtva*, *intrînsul*, *intrînsa*, *intrînsii*, *intruna*, etcétera, brotan todas ellas de la misma raíz latina, mientras que en las demás lenguas de la “familia” esta raíz ha tenido menos suerte, como en la española, donde es difícil buscarla más allá de dentro de, introducción e introito.

Con su clara imprecisión espacial, esta preposición tan nuestra abarca y hace posibles todas las demás preposiciones en su muy concreta espacialidad. Y esto no es obra de gramáticos, sino del espíritu; tal vez, venganza sutil contra el tiempo mismo. Pórtico, si no de mármol, sí de sonidos alumbrados por las hogueras que dejaban tras de sí aquellos vendavales bárbaros que perduran aún en nuestros olvidos. Ceniza de alas,

puesto que a nosotros nos han hecho falta las alas más que a ningún otro pueblo europeo. Y las hemos tenido gracias a la preposición. De otra manera no hubiéramos logrado mantenernos siempre en el mismo espacio, por encima (y por debajo) del tiempo.

III

La poesía, nuestra primera poesía —que, por cierto, ha sido oral—, conserva dos monumentos a los que hacen referencia todos los exégetas, llegando en sus disquisiciones al mismo, justo y equivocado parecer. Son una balada y una leyenda. La balada, que es la más antigua, narra el acuerdo de dos pastores para dar muerte a un tercero, de mayores y mejores rebaños. Pero ocurre que una de sus ovejas, una pécora (*Mioritza*), los descubre y con su don humano de la palabra comunica a su dueño lo convenido por los malhechores. En posesión de la trágica verdad, el pastorcillo no tratará de eludirla. Lo único que le preocupa es la pesadumbre de su madre y el sitio de su inevitable tumba. De las dos situaciones se hará cargo la sobrenatural pécora: a) aliviará a la madre diciéndole que su hijo se había casado con la más bella novia posible, que durante la boda ha tenido como comensales hasta los árboles, las estrellas y los pájaros, como en las bodas de los príncipes, y que se ha ido a vivir con ella; y b) vencerá a los asesinos pastores para que lo entierren en su aprisco, a fin de seguir así junto a sus ovejas, sus perros y sus flautas.

Toda la tinta de los exégetas se ha invertido siempre en subrayar la espléndida personificación de la muerte, “la bella princesa, novia del mundo”, y en destacar la virtud poética que convierte el horroroso espectáculo de la muerte misma en un ceremonial de boda principesca. Pero nadie se ha arriesgado a avanzar en otras dos direcciones posibles, que la balada subraya con los mismos medios poéticos: a) la resignación, esta paz eterna que acepta el pastor sin pensar siquiera en la posibilidad de salvarse; y b) la preocupación por el lugar exacto de la tumba.

Dejemos de lado la resignación —según hemos actuado en la historia, o sea, en el tiempo, parece que sí hemos aceptado casi siempre el descomunal peso de la rendición— para observar que el empecinado pastorcillo no quiere moverse ni un dedo más allá de su majada. Quiere seguir *entre* y *dentro* de los suyos. Defendiéndolos incluso, puesto que el sitio de la tumba ha sido sagrado hasta para los bárbaros.

Volvamos ahora a la leyenda: *El maese Manole* —tal es el título—, junto con sus nueve peones,

está construyendo un monasterio, y ocurre que los muros levantados durante el día se derrumban sistemáticamente noche tras noche. La solución para conservarlos de pie se le revelará en un sueño: encerrar entre los ladrillos, en los muros mismos, a la primera mujer de ellos que llegue en la mañana para traerles comida. Por supuesto, será su mujer. Maravillado por la obra terminada, el príncipe que la había encargado no quiere que Manole y sus albañiles construyan un templo igual o más bello. Por esto, les quita las escaleras y los deja pudrirse *sobre* el tejado. No lo logrará: el maese Manole se fabrica alas para bajar a tierra.

La leyenda conserva hasta hoy el sitio exacto donde habría de caer el volador: un manantial. Como en el caso de Mioritza, los exégetas no se han cansado jamás de subrayar el supremo sacrificio por el arte, transfigurado en el trágico emparedamiento de la bella esposa. Y como en el caso de la balada, casi nunca se han fijado en el hecho de que Manole, más allá del sacrificio que ofrendó por su obra, trata de salir del tiempo, al que abandona allá arriba, en el tejado, a favor del espacio que lo abraza y le mata el vuelo.

IV

Sumisa al mismo destino, amurallada en sus propios sonidos, nuestra poesía oral vivirá durante aquellos largos siglos tan sólo en el espacio, aislada en sus desconocidos y doloridos paisajes y ocupada exclusivamente en computar nombres de lugares, costumbres, hábitos, oficios, menesteres, sentimientos y emociones.

En los textos de nuestro folclore, recolectados en el archivo nacional, nuestro único gran depósito del espíritu, encontramos, para cada nombre de río, uno o más poemas. Río por río, bosque por bosque, provincia por provincia y hasta aldea por aldea. Con tanto esmero, que no nos sería nada difícil reconstruir en relieve valles y montañas, con todos sus detalles, bien marcado todo por nuestros dolores y nuestras esperanzas.

De obligada afirmación tardía, la poesía culta no aportará otra experiencia, demorándose bastante, en sus comienzos, en el mismo cómputo. Demora que los especialistas invocan siempre para justificar así su cortedad frente a otros espacios lingüísticos. La invocan, tal vez, con suficiente razón. Pero también con mucho error: no es la timidez su peculiaridad, ni le ha faltado la curiosidad ni el interés por conocer y asimilar experiencias poéticas ajenas. De todas partes. Peculiaridad, o mejor dicho, virtud ha sido su capacidad de superar esta demora, logrando cruzar en casi

medio siglo todas las búsquedas poéticas posibles. Medio siglo en que ha hecho suyos el hexámetro y el endecasílabo, suyos a Dante y Shakespeare y todas las retóricas, con la ventaja de poder elegir lo más adecuado para su propia sensibilidad.

Podemos hablar, sí, de una cierta timidez, pero solamente en sus comienzos, en el apartado período de asimilación, es decir, hasta mediados del siglo pasado. Y nunca más después de Mihai Eminescu, desaparecido el 15 de junio de 1889.

Con una vida de poeta que no sobrepasa tres lustros —la elaboración de su obra abarca prácticamente los años 1870-1884—, Eminescu sitúa nuestra poesía a la altura de su época, dejando poemas que si los hubiesen escrito Byron, Bécquer, Campoamor, Hugo, Lenau, Lamartine, Leopardi o Vigny hubieran gozado de los más desmesurados y merecidos elogios.

Con Mihai Eminescu, el espacio poético rumano recupera su verdadera dimensión. Su dignidad y su historia. El tiempo mismo se le rendirá para convertirse en una sustancia lírica más. Con él, todo lo ganado por los antecesores (los nombrará a todos en el bello poema *Los epígonos*) vuelve al laboratorio del alma para salir con su corte definitivo, y todo lo que va a pasar en la poesía europea no tardará en tomar cuerpo en la palabra poética rumana.

Sin embargo, el largo sobrevivir de nuestro espíritu dentro de la preposición seguirá marcando la pauta del universo poético que, por otra parte, no quedará exento del peso traído por los muchos cambios históricos que se han dado en una y siempre la misma geografía.

De ello surgirán experiencias nuevas y vencimientos nuevos. Se abrirán fracturas entre generaciones, a veces dentro de una sola edad poética. A ratos, como por milagro, un solo nombre se hará cargo de echar el lastre por la borda y volver a las orillas con las esencias. No pocas veces, bajo el signo de la preposición, abandonará lo real a favor de lo posible.

Muchas experiencias poéticas se han dado en este reino de lo posible, y se me antoja que esto no ha terminado: últimamente, según temas y motivos, se puede observar una inclinación a ignorar el espacio para preocuparse más del tiempo. De un tiempo otro. Tal vez, por esta misma razón, y por decir más, los poetas jóvenes son mucho más equívocos en sus decires. El proceso es dramático, a veces desgarrador. Para ellos, la realidad cambia de peso. Aparece la duda y el desacuerdo. Hasta la sintaxis se desvanece en la ilusión de recuperar más sugerencias.

En cuanto a las mencionadas murallas, aunque menos, siguen obrando. Quizás, por un lado, debido al inmutable idioma, que apenas traspasa un poco más allá de sus confines. Por otro lado, debido al esca-

so interés ajeno, todavía inquebrantable. Pero también debido a ese rigor tradicional de amurallarse y sentirse bien entre los suyos.

Tal vez, subconscientemente, todo lo que hacemos es seguir multiplicando la leyenda del infeliz albañil y la balada del empecinado pastorcillo.

